



## “LA TAUROMAQUIA” DE GOYA, VÍCTIMA DE LA IGNORANCIA Y LA PROPAGANDA ANTITAUROINAS.

Jesús Daniel Laguna Reche.

Ldo. en Historia y profesor de Enseñanza Secundaria.

Del Centro de Estudios “Pedro Suárez” de Guadix.

Entre los muy variados temas que plasmó con su paleta el gran pintor aragonés Francisco de Goya y Lucientes (Fuendetodos [Zaragoza], 1746-Burdeos, 1828), es de sobra conocido que podemos encontrar los festejos taurinos. Siempre se ha considerado –acertadamente, por cierto– que el hecho de que pintase corridas de toros se debía a su afición a la Fiesta, pero parece que hay quien a estas alturas todavía no se ha enterado y ha tenido la osadía, víctima de la ignorancia, de pensar que Goya era más enemigo que aficionado de la tauromaquia. Cosas veredes, Mío Cid.

Hace poco más de un año, para conmemorar el segundo centenario de la publicación de la serie de grabados titulada “La tauromaquia” (1816), la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (Madrid, número 13 de la calle de Alcalá, junto a la Puerta del Sol), tuvo la idea (que no voy a calificar aquí por educación) de acoger una exposición de diferentes autores titulada “Otras tauromaquias”, impulsada por la plataforma *Madrid, capital animal* con el objeto de mostrar al visitante los horrores que a su juicio se producen en las corridas de toros, y que justificarían su abolición.

No voy aquí a debatir acerca de los argumentos utilizados para defender la abolición de las corridas de toros, porque ese no es el problema de aquella infortunada exposición.

No tuvieron otra idea más genial los ínclitos organizadores que la de recurrir nada menos que a Francisco de Goya para defender sus ideas antitaurinas, hasta el punto ridículo de pretender hacer creer a los espectadores que Goya pintó sus escenas taurinas no por ser aficionado a los toros –cosa de sobra documentada– sino por lo contrario; según esta graciosa interpretación, pretendería Goya mostrar –como ejercicio de activismo en defensa de los animales– la crueldad humana con los toros durante la faena.

Y he ahí el error. Quienes tuvieron la ocurrencia de recurrir a este pintor deberían haberse informado acerca de su biografía antes de actuar. Como escribió el periodista Andrés Amorós en su artículo del día 30 de abril de 2016 en el diario *ABC*, es perfectamente conocida la gran afición que Goya sintió por la tauromaquia; así lo demuestran tanto la amplísima correspondencia que mantuvo con su amigo Martín Zapater, que bien podrían haber leído los atrevidos ideólogos de la exposición (fue editada por Javier de Salas en 1982), como las cartas de personas allegadas, entre ellas el importante dramaturgo Leandro Fernández de Moratín, exiliado como él en Francia tras el regreso del impresentable monarca que fue Fernando VII.

Justificaba el comisario de la exposición la posibilidad de que Goya fuese antitaurino alegando que su obra puede tener diferentes interpretaciones. Pero es en este caso un argumento excesivamente débil, y este señor debería saberlo en su condición de miembro de la Real Academia de Bellas Artes. Podría yo disculparle algo el error si fuese el hombre un torero fresador –y no tengo nada contra los obreros industriales–, pero me niego a tal disculpa en tanto en cuanto estamos hablando de un académico de la de Bellas Artes, para quien la biografía de Goya debería ser tan conocida como la floración de un melocotonero para un agricultor de las huertas levantinas. El propio artista escribió de su puño y letra en muchas ocasiones acerca de su afición a los toros, dejando comentarios acerca de su asistencia a los festejos, e incluso aconsejando a otros la asistencia a los mismos en sus épocas de bajo estado de ánimo.

Y es que no hace falta echar mano de argumentos rebuscados para ser enemigo de la tauromaquia, como tampoco para defenderla: se puede defender la Fiesta alegando su carácter tradicional, su arraigo indiscutible en gran parte de la sociedad, sobre todo en los pueblos y ciudades pequeñas; y recordando que el toro bravo vive antes de su lidia en un remanso de felicidad y cuidados digno de un emir de Arabia; y esa defensa no es incompatible con el reconocimiento de que el toro sufre en la corrida –a veces más de la cuenta, cuando la suerte de banderillas, la entrada a matar o el descabello se hacen mal– y que no muere pacíficamente, sino a manos de una persona en un festejo cuyo fin es el óbito del animal. De igual modo, se puede ser enemigo de la tauromaquia reconociendo el valor simbólico del toro en España, pero dándole mayor importancia a la vida gozosa del toro en su vergel que al motivo por el que existe esta raza animal, y considerando inadecuado o inaceptable (cada antitaurino que ponga el calificativo que quiera) al



hecho de que el toro haya de morir en un ruedo.

Pero si se es antitaurino, se ha de ser de verdad. Si se defiende la vida del toro por encima de cualquier cosa, se debe defender la desaparición de cualquier festejo en el que el animal reciba maltrato o sufrimiento. Lo que no vale es el juego infantil que se hizo en la sufrida Cataluña –cada cual sabrá a quién votó- de prohibir las corridas en la plaza de toros de Barcelona porque recuerdan a España, pero seguir permitiendo los encierros callejeros –*toros a la calle* les llaman allí-, como si para un toro fuese agradable llevar bolas de sebo ardiendo en los cuernos o ser sacado del mar por una grúa mientras patatea para salvar su vida en el agua, por el capricho del pueblo de ver al toro saltar al mar persiguiendo a los chavales. Lo dicho, si se es antitaurino se es de verdad. Y si no, pues uno se calla y se pone a leer un buen libro, que nunca viene mal.

Y en relación con esto de ser antitaurino, está lo de ser ecologista –digo yo que el citado académico tendría a Goya por ecologista-. Sin embargo, resulta curioso que quienes tanto claman al cielo cuando se lidia un toro y acuden a las calles con botes de pintura y se tiran por los suelos para llamar la atención, o se cuclan en una plaza de toros a tocarle las narices a los aficionados, no tengan lo que hay que tener para presentarse en la puerta de una mezquita cuando llega la fiesta del cordero, en que miles de estos son sacrificados –muchas veces en plena calle- por motivos religiosos que aquí huelga explicar y contra los que yo no tengo nada que decir. Pero para esos corderos es un mal trago eso de que los tumben y los agarren de las patas y del cuello para degollarlos. Los que no quieren maltrato animal, que protesten por esto también y presenten proyectos de abolición en los parlamentos autonómicos, y así empezaremos a medio entendernos. Si no, amigos, no cuela. Que esto sea maltrato animal y aquello no, a mí no me sirve.

Pero mientras esto llega, que por falta de valentía de los a sí mismos llamados animalistas no va a llegar, seguiré defendiendo la conservación de la tauromaquia.